

UCLA

Mester

Title

Forma y contenido en dos cuentos de Borges: "Hombre de la esquina rosada" e "Historia de Rosendo Juárez"

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/42f855kv>

Journal

Mester, 18(1)

Author

Bardina, Lidia

Publication Date

1989

DOI

10.5070/M3181014016

Copyright Information

Copyright 1989 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at <https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed

Forma y contenido en dos cuentos de Borges: “Hombre de la esquina rosada” e “Historia de Rosendo Juárez”

En 1939, J. L. Borges escribe “Hombre de la esquina rosada” cuento incluido en la colección *Historia de la infamia*. En esta narración, Borges explota el tema de “lo criollo” siguiendo una corriente realista que pronto abandonará para centrarse en la elaboración de problemas metafísicos como ocurre en *Ficciones* (1944), *Artificios* (1944) y *El Aleph* (1949) o bien se centrará en ensayos de índole literaria *Otras Inquisiciones* (1952).

Sin embargo, Borges no descarta completamente el tema de “lo criollo”, el cual sigue latente en su obra. Prueba de ello son las narraciones “El fin”, “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz”, “El sur” por citar sólo algunas.

En 1970, aparecerá *El informe de Brodie* una colección de cuentos en los que el autor parece retomar la vena realista que había abandonado en un principio. Entre estos cuentos, aparece “Historia de Rosendo Juárez” donde Borges no sólo incide en la cuestión de “lo criollo” sino que repite la misma trama y los mismos personajes que había utilizado treinta y cinco años antes en “Hombre de la esquina rosada”. Esta coincidencia en el tema es demasiado notoria para ser tomada como fruto del capricho del autor.

“Historia de Rosendo Juárez” es el epílogo de la intriga desarrollada en el primer relato pero, representa una nueva interpretación del tema del “cuchillero” y de los valores que éste encarna. Aunque ambos textos presentan los rasgos más característicos de la estética borgiana, la utilización de los recursos narrativos se desarrolla en ellos a niveles diferentes de acuerdo con la visión que en cada caso postula el autor.

Mi propósito en este trabajo es comparar ambos textos, tanto a nivel de estructura narrativa como respecto a su contenido semántico, apuntando aquellos rasgos que ilustran la evolución del autor no sólo en cuanto a su concepción estética sino como reflejo de su arraigada argentinidad.

1. La función del narrador

Si tomamos como punto de partida el estudio del papel del narrador en “Hombre de la esquina rosada”, destacaremos en primer lugar su naturaleza plurivalente. ¿Cómo se refleja esta plurivalencia? Básicamente, a través de la presencia del narrador en tres niveles diferentes.

Primeramente, hallamos un narrador en primera persona, situado en el mismo tiempo que el receptor. Será este narrador quien introduzca la historia de “esa noche”—vaga referencia espacio-temporal—, y quien se dirija al lector de forma abierta y directa: “Era un local que usted lo divisaba de lejos”, “A ustedes, claro les falta la debida experiencia ...”. Se consigue de este modo un acercamiento del presente del receptor al pasado en el que se insertan los sucesos. Asimismo, es significativa la insistencia sobre el carácter inverosímil de la historia: “Parece cuento, pero la historia de esa noche rarísima...”.

Después, este narrador que en un principio se mantenía distante de los hechos narrados, aparece de pronto, inserto en la historia y convertido en testigo directo de los acontecimientos. Este cambio viene reflejado mediante la utilización de la primera persona del plural “nosotros”. Por consiguiente, el “yo”, sin perder su carácter de narrador, va a asumir, a partir de ahora, la función de espectador un tanto al margen del núcleo central de la historia. De hecho, el “yo” se confunde con el cuerpo colectivo de “los muchachos” frente a la individualidad de los dos protagonistas Rosendo y Francisco Real. Así por ejemplo, “los mozos de la villa le copiábamos...”, “los muchachos estábamos...”, “no nos alcanzó lo que dije”. Por otro lado, si bien este narrador-observador mantiene una actitud pasiva, esto no impide que, como un miembro más del grupo de hombres, nos revele el espíritu que anima este ente colectivo. Espíritu que queda patente en frases como: “. . . como si ni pa recoger changangos sirviéramos” o “. . . sentir que no éramos naidés”.

Por último, el “yo” que era narrador y testigo directo, abandonará su posición para intervenir de manera decisiva en el desenlace del relato, convirtiéndose en protagonista clave. Podríamos decir que es su rebelión contra la cobardía de Rosendo la que le hace tomar conciencia de su propia individualidad. Sus dos intervenciones sirven para calmar los ánimos exaltados de sus compañeros y salvar a la Lujanera de un linchamiento colectivo. Pero incluso en este punto, la identidad del “yo” no nos es revelada. Aunque llegaremos a saber que es él, el misterioso asesino del Corralero, su nombre, su apariencia, permanecerán en el más estricto de los anonimatos siguiendo la técnica propia de la novela policíaca.

En definitiva, el narrador en “Hombre de la esquina rosada” asume tres funciones distintas que alternan de modo sucesivo. Su carácter plurivalente nos aporta una visión múltiple de los hechos. Como narrador en sentido

estricto, el “yo” nos transmite la pesadilla de esa noche, un recuerdo que permanece vívido en su mente y que pertenece a un tiempo y a un lugar anterior, irrepetible, caracterizado por la nostalgia; “El ciego del violín le sabía sacar unas habaneras de las que ya no se oyen”.

Una segunda visión dada por el narrador testigo directo que junto con sus compañeros asiste impasible a la sucesión de los acontecimientos. Se nos da a conocer así la personalidad del ente colectivo que permanece anónimo, insignificante, carente de cualquier tipo de iniciativa. En definitiva, un cuerpo sin identidad propia.

La tercera visión corresponda a la del narrador protagonista activo, capaz de dominar la situación, manipulando con su intervención el desenlace de la historia “Quién iba a soñar que el finao, que según dicen, era malo en su barrio, fuera a concluir de una manera tan bruta y en un lugar tan enteramente muerto como éste, ande no pasa nada, cuando no cae alguno de afuera para distraernos y queda para la escupida después?” Comentario bien cínico si tenemos en cuenta que parte del mismo asesino.

A esta función plurivalente del “yo” habría que añadir su deseo expreso de confundir al lector alternando de forma intermitente aquellos procedimientos que tienden a intensificar la verosimilitud de la narración con aquellos que por el contrario introducen la duda en el lector que ya no sabe si asiste a un suceso real o ficticio. Así por ejemplo, las apelaciones directas del “yo” narrador al lector “Recordarán Ustedes...” o la intrusión del tiempo presente del “yo” y del lector en el tiempo pasado de la narración son elementos que refuerzan la verosimilitud del suceso narrado. Por el contrario, el hecho de que el “yo” asuma un doble rol, apareciendo a la vez como el narrador fidedigno y como personaje protagonista rompe el principio de “honestidad” que se atribuye a un narrador real. En este sentido, su intervención como personaje introduce la posibilidad de una cierta manipulación del relato, fruto de su experiencia subjetiva de los acontecimientos narrados. En cierto modo, encontramos aquí un reflejo del término usado por Todorov “narrador ambiguo”¹ que genera según este autor un sentimiento de duda, de incertidumbre en el receptor de la historia ya que éste no sabe si creer o no creer en aquello que le están contando.

¿Cuál es la actitud del narrador en “Historia de Rosendo Juárez”? En una primera aproximación a este segundo relato distinguimos ya un elemento diferenciador. Si en “Hombre de la esquina rosada” nos encontramos con un narrador anónimo, en “Historia de Rosendo Juárez”, el lector sabe desde el primer momento quién es el narrador y por qué decide contarnos su historia.

Sin embargo, ambas narraciones poseen un punto en común; las dos son narradas por un narrador en primera persona, un “yo” que se dirige básicamente a un mismo receptor, el propio Borges aunque en “Hombre de la esquina rosada” aparece también el plural “ustedes”:

“—Entonces, *Borges* saqué el cuchillo que traía en el fajo...” (“Hombre de la esquina rosada”).

“—*Usted* no me conoce mas que de mentas, pero *Usted* me es conocido señor, soy Rosendo Juárez” (“Historia de Rosendo Juárez”).

En este segundo relato, la presencia del Borges-receptor se hace más patente y significativa. Será el propio autor quien se encargue de introducir la figura de Rosendo; “Serían las once de la noche; yo (Borges) había entrado en el almacén... Desde un rincón el hombre (Rosendo) me chistó... Me invitó a tomar algo con él. Me senté y charlamos... El hombre me dijo:”.

A partir de aquí, Rosendo se transforma en el único y verdadero narrador. Nos va a contar su vida o dicho de modo más apropiado, aquellos pasajes que marcaron su destino de matón. ¿Por qué Rosendo escoge a Borges como destinatario de su relato? Sencillamente porque conoce su labor de escritor así como el hecho de que es el autor de aquella “falsa” historia que sobre su persona escribiera muchos años antes; “Usted señor ha puesto lo sucedido en una novela, que yo no estoy capacitado para apreciar, pero quiero que sepa la verdad sobre estos infundios.”

Así pues, es el deseo de borrar una calumnia sobre su reputación lo que incita al “Yo” a introducir el relato. Con el encuentro Borges-Rosendo, el mundo real del escritor toma contacto con la ficción. Borges, tan aficionado a los juegos malabares entre realidad y fantasía, consigue entrar en conversación con una criatura de su propia invención quien además reclama su derecho a rectificar la historia de la que el autor lo había hecho protagonista.

Rosendo es el único narrador y protagonista del relato. Cumple así la función del “yo” narrador y del “yo-protagonista” del primer relato. Desaparece aquí el papel del narrador como parte integrante de la colectividad. Rosendo mantiene su individualidad a lo largo de toda la historia. Serán él y el testimonio de su vida el verdadero núcleo en torno al cual gira “Historia de Rosendo Juárez”.

2. El discurso narrativo

En el primero relato, “Hombre de la esquina rosada”, el discurso narrativo asume un alto grado de complejidad, complejidad que se refleja en el uso alternativo de diferentes tiempos verbales, en la mezcla del estilo directo e indirecto, en la utilización de la técnica indirecta de presentación de personajes, en la variación del ritmo.

Si tomamos el primer punto, la alternancia de tiempos verbales, observamos cómo la historia, a pesar de discurrir en su mayor parte en el pasado, interrumpe constantemente este tiempo primero, por la incursión,

mediante el proceso de flash-back, del presente del “yo-narrador/receptor” en el desarrollo de la historia. Veamos por ejemplo, lo que dice el narrador sobre la Lujanera; “. . . la Lujanera que era la mujer de Rosendo... se murió, señor y digo que hay años en que ni pienso en ella, pero había que verla en sus días, con esos ojos.” En otra ocasión, el “yo” recuerda nostálgico “aquellas habaneras que ya no se oyen”.

En segundo lugar, la continuidad del pasado ficticio se ve truncada por la introducción de los testimonios de los dos cuchilleros o de la Lujanera, transcritos como si sucedieran en el presente; “Llegaron a la puerta y gritó; —Vayan abriendo cancha señores, que la llevo dormida— (esto lo dice el “Corralero”).

Igualmente, encontramos la presencia del presente en el mismo cuerpo del discurso indirecto; “En eso *oigo* que se desplazaban otras y me *veo* en el marco de la puerta seis o siete hombres, que serían la barra del Corralero”, más adelante, cuando el narrador transcribe el testimonio de la Lujanera dice; “Dijo que luego de salir con el Corralero, se fueron a un campito, y que en esto cae un desconocido y la *llama* como desesperado a pelear y le *infiere* esa puñalada y que ella *jura* que no *sabe* quién *es* y que no *es* Rosendo”.

A esta alternancia de tiempos verbales, se añade la profusión y mezcla de diferentes discursos; coexistencia del estilo directo e indirecto, “Salimos; ya desde la vereda, medio abrió la puerta del almacén y dijo a la gente: —Pierdan cuidado que ya vuelvo en seguida”, la presencia de numerosas interrogaciones (“¿Para quién?”, “¿Basura?”), de explicaciones (“. . . dio unos pasos mareados —alto, sin ver— y se fue al suelo de una vez” o “. . . los primeros —puro italianaje mirón— se abrieron como sin ver”) y, finalmente, frases entre comillas (“Tápenme la cara “—dijo despacio”).

Otro elemento importante a destacar es la presentación de un personaje central desde la perspectiva de los otros protagonistas de la narración. El caso más claro al respecto es el que hace referencia a Francisco Real. Esta figura es introducida por primera vez por el “yo” narrador; “A mí, tan luego, hablarme del Finao Francisco Real...”. Más tarde, este mismo narrador se referirá a él utilizando un pseudónimo, “. . . un emponchado iba silencioso en el medio, ése era el Corralero de tantas mentas: y el hombre iba a pelear y a matar”. A continuación, el matón será identificado por los hombres de Rosendo; “Para nosotros no era todavía Francisco Real, pero sí un tipo alto, fornido, trajeado enteramente de negro, y una chalina de un color como bayo, echada sobre el hombro.”

En cuanto a Rosendo, será presentado por el narrador, “Rosendo Juárez el Pegador, era de los que pisaban más fuerte por Villa Santa Rita. Mozo acreditao para el cuchillo...”. Será su oponente, el “Corralero”, quien es descrito de este modo; “. . . tiene mentas de cuchillero, y de

malo, y que le dicen el Pegador...”. A través de este procedimiento, cada personaje es juzgado a través de ópticas distintas que enriquecen la visión sobre su persona.

Por lo que hace a la estructura narrativa de “Hombre de la esquina rosada”, vemos que ésta se caracteriza también por la variedad de tono y ritmo. Encontramos en el texto, la coexistencia de pasajes descriptivos de ritmo sosegado, como por ejemplo, la magistral evocación del inmutable, sofocante ambiente del narrador; el barrio, el callejón, los hornos, y por encima de ellos “cielo hasta decir basta” donde “había de estrellas como para marearse mirándolas, unas encima de las otras”, o de escenas donde la acción adquiere una velocidad trepidante, por ejemplo, en la intervención de la Lujanera entregando el cuchillo a Rosendo; “. . . y se fue a su hombre y le metió la mano en el pecho y le sacó el cuchillo desenvainado y le dio con estas palabras; —Rosendo creo que lo estarás precisando”.

Por otro lado, el clima de desahogo, de alegría contagiosa que se respira en el local de la Lujanera antes de la llegada del forastero (“estaban los hombres lo mismo que en un sueño”) contrasta con la escena inmediatamente siguiente en la que aparece el “Corralero”. La tranquilidad se transforma entonces en desasosiego, el griterío en el más completo silencio; “Al rato largo llamaron a la puerta con autoridad, un golpe y una voz. Enseguida un silencio general, una pechada a la puerta y el hombre estaba dentro”. Más adelante, se nos describe la muerte del “Corralero” en un tono grandilocuente que roza casi lo épico, que se opone a la sordidez, y a la exacerbada brutalidad de la descripción del íntegro despojo colectivo al que es sometido su cadáver; “y de cuantos centavos y cuanta zoncera tenía, lo alijeraron esas manos y alguno le hachó un dedo para refalarle el anillo... Para que no sobrenadara, no sé si le arrancaron las vísceras”.

Como conclusión, podríamos señalar que todos los elementos citados actúan en este relato como vehículos de la intriga, para acelerar los acontecimientos y reforzar el suspenso de la historia. Porque “Hombre de la esquina rosada” sigue algunas de las características del género policíaco. Sin embargo, sería equívoco definir este texto como cuento policial. La mecánica y los móviles del crimen cometido son elementos totalmente accesorios al tema central de la historia. Sólo son significativos en la medida en que reflejan el modo de sentir y de vivir del compadre, el verdadero núcleo del relato.

¿Muestra el discurso narrativo de “Historia de Rosendo Juárez” las mismas características que el de “Hombre de la esquina rosada”? La respuesta es necesariamente negativa puesto que en “Hombre de la esquina rosada”, se trata de un testimonio autobiográfico —la vida de Rosendo Juárez contada por él mismo— el cual requiere una diferente utilización del discurso narrativo. No existe aquí ni la variación de tiempos verbales, ni los cambios bruscos de ritmo, ni el suspenso propio de “Hombre de la esquina rosada”. Por el contrario, en esta segunda historia, los aconteci-

mientos se suceden de forma ordenada, siguiendo una progresión lineal. Existen un principio y un final claramente delimitados. El lector en ningún momento se siente perdido o confuso.

La narración posee además referencias espacio-temporales que marcan cada una de las etapas vividas por el narrador-protagonista; por ejemplo, "Yo me crié en el barrio del Maldonado", "En el almacén, una noche...", "Dos días y dos noches tuve que aguantarme en el calabozo" o bien "los días fueron diez".

En cuanto al uso de diferentes tiempos verbales, el relato no alcanza la complejidad característica de "Hombre de la esquina rosada". Si bien es cierto que al tiempo pasado de la narración se le insertan numerosos diálogos en presente, éstos no interrumpen la linealidad de la historia sino que sirven de elemento dinámico que vivifica el tono sobrio y pesimista del narrador.

3. La manipulación del lenguaje

Ya hemos mencionado cómo en "Hombre de la esquina rosada" la presencia de un narrador ambiguo, la alternancia de tiempos verbales, los cambios bruscos de tono y de ritmo favorecen la creación de una atmósfera de misterio. Sin embargo, quizás sea la manipulación del lenguaje, su "barroquismo", el elemento que con mayor grado estimula el clima de suspenso y contribuye a crear un estado de inquietud constante en el lector.

¿A qué niveles se refleja esta manipulación, cuáles son sus efectos? En primer lugar, el lenguaje de "Hombre de la esquina rosada" es un lenguaje repleto de figuras retóricas, entre las que cabe destacar el uso frecuente de superlativos ("chambergó de copa altísimo", "noche rarísima"), de diminutivos ("ponchito", "lucecita", "rastrito") y aumentativos ("cuchillón", "Manotón"). Se consigue así cierta alteración de la forma real de los objetos. De hecho, el mundo inanimado adquiere un papel muy importante al actuar como soporte del ambiente alucinante en el que se mueve la acción: la presencia "del violín del ciego" o de "la ventana alargada" en los momentos de máxima tensión, la personificación de conceptos abstractos que adquieren vida propia como: "la música parecía dormilona", "la milonga corrió como un incendio". En este sentido, cabe situar la importancia del "tango" que se convierte casi podríamos decir en un personaje más: "el tango hacía su voluntad con nosotros y nos arriaba y nos perdía y nos ordenaba y nos volvía a encontrar" y más adelante "salieron sien con sien como en la marejada del tango, como si los perdiera el tango".

En sentido opuesto, encontramos también un deseo de convertir en abstracciones realidades concretas. El narrador se referirá a los hombres denominándolos sucesivamente como "montón", "los del Norte", "los

de la otra punta''. De este modo convierte esta colectividad en un cuerpo inanimado.

Es frecuente también el uso de metonimias: "Un golpe, una voz" refiriéndose a Francisco Real. Un papel muy importante juega la doble adjetivación que abarca tanto a las personas como a las cosas, destacando al mismo tiempo su aspecto físico y moral; "cara aindiada y esquinada", "cuchillo corto y filoso", "agua tormentosa y sufrida".

La enumeración caótica de adjetivos tiende a acentuar la confusión propia de la acción; "y lo arriaron como a un Cristo, casi de punta a punta, a pechadas, a silbidos y a salvazos".

Hay que añadir por último la profusión de verbos casi exagerada. A menudo, las frases parece que se reducen a una sucesión de verbos; "La sangre le encharcaba y ennegrecía un lenguaje punzó que antes no lo observé" o "La Lujanera se le prendió y le echó los brazos al cuello y lo miró con esos ojos y le dijo con ira...". Borges llega incluso a crear nuevas formas verbales a partir de sustantivos: "tanguear", "guitarrear", procedimiento que, por otra parte, es característico de la narrativa borgiana.

En un segundo nivel, es necesario destacar un uso especial del lenguaje porteño reflejado en una deliberada contorsión de la sintaxis, en giros dialectales, en expresiones coloquiales. Al respecto, cabe preguntarse si este lenguaje es real y corresponde en verdad al tipo de lenguaje usado por la sociedad porteña de los bajos fondos, o si se trata de una recreación estética del autor. Amado Alonso señala cómo Borges, lejos de trasladar un lenguaje popular al texto, lo que lleva a cabo es una invención ficticia de este lenguaje elevándolo así a la categoría de lengua literaria.² Cabe preguntarse por qué Borges utiliza un lenguaje ficticio en lugar de emplear el de la realidad porteña. El mismo autor nos da la clave en su ensayo titulado "El escritor argentino y la tradición" (*Discusión*, 1964) en el que pone en cuestión la teoría según la cual la poesía gauchesca de Hidalgo Hernández derivaría de la poesía popular de los payadores. Para Borges, la poesía popular difiere de la poesía gauchesca básicamente porque versifica temas generales, sirviéndose de un léxico muy general donde las incorrecciones son obra de la ignorancia. Contrariamente a ella, la poesía gauchesca utiliza un lenguaje deliberadamente popular que los gauchos no utilizaban, una profusión de color local y una búsqueda de palabras nativas. Por lo tanto, la poesía popular es espontánea frente a la poesía gauchesca, fruto de una creación artificial. Borges nos da el ejemplo del final del "Martin Fierro" en donde el Moreno refleja la genuina poesía de los gauchos mientras que Fierro utiliza la poesía gauchesca. En "Hombre de la esquina rosada", Borges sigue el mismo procedimiento que utilizaron Hernández o Hidalgo, el de la recreación ficticia de un lenguaje popular dotándolo de un valor estético propio.

En líneas generales, "Hombre de la esquina rosada" es un relato escrito en un lenguaje poético donde Borges trata de extraer de las palabras todas

sus posibilidades de sugestión y donde, a pesar de utilizar la lengua porteña, adivinamos la presencia indiscutible de la mano del autor. En cambio, en “Historia de Rosendo Juárez” “lo porteño” queda relegado a un segundo plano. Parece como si Borges se interesara en el aspecto funcional del lenguaje más que en su valor expresivo. El discurso se hace así más inteligible, el estilo más sobrio. En definitiva, en este segundo relato, Borges abandona los recursos expresionistas que caracterizaban “Hombre de la esquina rosada” por una línea mucho más clásica.

4. El mundo porteño del arrabal

Hasta ahora hemos hablado de la utilización del discurso narrativo y del papel que el narrador juega en cada uno de los dos relatos en relación a dos maneras distintas de concebir un mismo tema: la sociedad porteña de los barrios bajos y la figura del compadrito como el tipo social más genuino.

En “Hombre de la esquina rosada”, este tema se desarrollará al modo de una intriga policiaca, mientras que en “Historia de Rosendo Juárez” será resuelto a través del testimonio autobiográfico del “yo”. Sin embargo, a pesar de asumir una estructura narrativa distinta, ambos cuentos evocan un mismo entorno social; el mundo porteño del arrabal, un microcosmos marginal, dotado de leyes propias y donde la figura del cuchillero se transforma en símbolo de los valores que lo rigen.

¿Cómo vive y cómo actúa esta sociedad? ¿Cuál es el espíritu que anima a los hombres y mujeres que pueblan ambos relatos?

Amado Alonso en su obra *Materia y forma en poesía* expresa con acierto el significado profundo de esta humanidad al referirse a “Hombre de la esquina rosada”;

“He aquí unos hombres y mujeres que forman la resaca de la sociedad. Viven al margen de la ley y nuestra policia los vigila. A nuestra higiene moral y corporal, ese extraño modo de vivir le inquieta y azora. Absurdo, abyección y maldad. Pero éstas son tres negaciones formuladas desde nuestro modo reglado de vida. También aquel es un modo de vivir y por lo tanto debe tener su regulación... No hay más que mirarlos desde dentro, en vez de juzgarlos desde fuera. Entonces se les sorprende unos ideales de vida, unas normas, unas leyes”³

Tal y como indica Alonso, la sociedad porteña del arrabal no comulga con el orden establecido. Aunque cohabita con la sociedad impuesta, no guarda ninguna similitud con ella.

La sociedad legítima posee una estructura social fija, estable, donde a cada individuo se le asigna un rol específico que cumplir. Existe una ley escrita, cuidadosamente reglamentada, inviolable. Se trata de un mundo

donde lo inesperado y lo casual no tienen verdaderamente cabida. Todo está perfectamente controlado.

En contraposición, en la sociedad de los bajos fondos, el azar, la fuerza, el instinto prevalecen sobre la razón. La aventura, el riesgo marcan el ritmo diario. Los individuos viven en un estado de inestabilidad continua. Todo está sujeto al cambio repentino. Se podría afirmar que esta sociedad se mueve en base a los caprichos de la providencia. Baste recordar la importancia de la “suerte” en nuestros dos relatos. Rosendo en “Hombre de la esquina rosada” aparece como un tipo “mimado por la suerte” mientras que en “Historia de Rosendo Juárez” el “yo” confía en los buenos augurios de la Providencia; “Todo había sido para bien, la Providencia sabe lo que hace”.

En consecuencia, dentro de un contexto donde todo depende del azar, los planes para el futuro, los objetivos a largo plazo, carecen de sentido. Para los hombres y mujeres de este microcosmos, el paso del tiempo suele traer consigo la frustración de todos los sueños. Mientras que el pasado está a menudo marcado por la tragedia, el futuro se halla en manos del destino. Para esos seres, la única opción es la de vivir el momento presente. De hecho, esos individuos luchan denodadamente por sobrevivir en un medio hostil donde reina la miseria, la ignorancia, el crimen sin impunidad. Recordemos la figura de Rosendo “nadie inoraba que estaba debiendo dos muertes” y la evocación de su barrio por el “yo” en “Historia de Rosendo Juárez” como “era un zanjón de mala muerte, que por suerte ya lo entubarón”.

Semejante medio conduce casi de forma irremediable al embrutecimiento del individuo y a la supremacía de la ley del más fuerte. El más fuerte es aquél que arriesga más, el más diestro con el cuchillo, el más seguro de su coraje, como lo fue Rosendo antes de su acto de cobardía “era de los que pisaban más fuerte por Villa Santa Rita”.

Podríamos afirmar que el compadrito representa en el seno de esa sociedad el símbolo del poder, de la autoridad. Su poder, fruto de la violencia, sólo dura en tanto que pueda mantenerse en la cumbre como el más valiente y hábil entre los rivales. Al mismo tiempo, su dominio es frágil: tan pronto goza de los honores de la gloria como de la más absoluta indiferencia y humillación. En “Hombre de la esquina rosada”, Rosendo, aquél al que “los mozos le copiaban hasta el modo de escupir”, debe huir del barrio sin ser visto tras haber rechazado la afrenta del Corralero; “Era Rosendo —nos dice el “yo”— que se escurría solo del barrio... Agarró el lado más oscuro, el del Maldonado; no lo volví a ver más”.

Dentro de ese mundo, la figura de la mujer ocupa el último lugar. Es un ser doblemente marginado, rechazada por la sociedad de orden como indeseable y considerada por su grupo como objeto de poco valor. Por encima de su persona, existen otras cosas más importantes como la bebida, la música, los caballos. El papel de la mujer se reduce a complacer al

hombre y acrecentar su “hombría”. La mujer será tanto más valorada cuanto más cualidades posea para atraer al sexo masculino. Recordemos las palabras del narrador sobre la Lujanera; “Verla no daba sueño” o “las sobraba todas de lejos”.

Por lo tanto la relación hombre-mujer es una relación desigual donde se repite la misma estructura dominante-dominado que encontramos entre el compadrito y su gente.

Esa sociedad representa en definitiva un mundo cerrado pero también frágil, reflejo de una realidad cambiante y carente de valores realmente sólidos. Repárase también en que Borges nos da sobre esta humanidad su visión personal “sin enjuiciarla, dejando que ese modo de vivir quede expresado auténticamente, artísticamente”.⁴

Será también el deseo de salvar su honor, el motivo que impulse a Rosendo a contar “la verdad de los hechos” en “Historia de Rosendo Juárez”. En este segundo relato, el narrador intenta demostrar cómo su negativa de hacer frente al Corralero no obedeció a un acto de cobardía sino a un deseo de terminar de una vez por todas con una violencia que por su omnipresencia se había convertido en simple rutina. Sin embargo, tanto en el primer caso como en el segundo, lo que el “yo” reivindica es su oportunidad de ser “alguien”, de destacarse, de cumplir aunque sea sólo por una vez un papel preponderante.

Si en “Hombre de la esquina rosada”, Borges evocaba la figura del compadrito a través de unas pocas imágenes, en el segundo cuento, el autor amplifica el campo de acción recreando la posible biografía de un matón típico, Rosendo. Rosendo, contrariamente al “yo” del primer relato, es un tipo social que sufre la incoherencia de su medio. Aunque acepte externamente las reglas que rigen su entorno como medio de facilitar su ascensión al poder, en su interior siente su injusticia y su crueldad.

Recordemos cómo tras cometer su primer asesinato, Rosendo siente tales remordimientos que es incapaz de dormir “Aquella noche me la pasé dando vueltas en el catre”. Sin embargo, la suerte lo acompaña y ante la oportunidad de ascender a matón opta por la indiferencia frente a una realidad que lo repele; “Durante muchos años me di a los naipes y fui un morales”. Será el asesinato de su amigo Luis Irala, “un amigo como no hay muchos” el factor que hará despertar de nuevo su conciencia decidiéndolo a romper de una vez por todas con su actitud anterior; se trata en definitiva del rechazo de todo aquello que comulga con lo irracional, con el caos, para integrarse en vez de ello al orden establecido.

Hemos pasado del compadrito en tanto que individuo perfectamente adaptado a su medio, coherente en su conducta, seguro de los valores que rigen su vida porque son los únicos que conoce y comprende, a Rosendo, una figura atormentada por la opción entre una vida digna pero insignificante —como la de su amigo Luis Irala— o la de ser “alguien”, es decir un compadrito, y detentar un poder ilegítimo basado en la violencia.

Cabe preguntarse si el rechazo final de Rosendo hacia su modo de vida y su posterior rehabilitación como un hombre de bien no trasluce un cierto escepticismo por parte de Borges hacia unos valores que había aceptado sin reprobación en su primer relato. De hecho, en “Historia de Rosendo Juárez”, Borges nos viene a demostrar cómo tales valores; el coraje, la hombría, la arrogancia son detestables si se ponen al servicio de la violencia. Por el contrario, dignifica la figura de Irala, “un hombre de bien” quien, a pesar del sofocante clima de su entorno, ha sabido conservar su dignidad.

5. La figura del compadrito en la búsqueda de la identidad argentina

En las dos facetas de Borges como escritor, aquella que se dirige a lo universal y la que se centra en lo local, el tema del criollo cae en el segundo plano. Sin embargo, tal y como indica Alazraki: “El tratamiento del tema criollo conserva los rasgos distintivos de toda su narrativa, es decir, no lo particular y accidental sino lo genérico y esencial”.⁵

En efecto, lo que Borges nos expone en estos dos relatos no es la caracterización psicológica de una persona en concreto, sino la visión de un arquetipo social, “el compadrito”, y de su entorno social, temática que incide directamente en el problema de la identidad argentina. El mismo Borges, en su ensayo “Nuestro pobre individualismo”, señala: “El argentino siente que el universo no es otra cosa que una manifestación del azar, que el fortuito concurso de átomos de Demócrito, la filosofía no le interesa, la ética tampoco, lo social se reduce para él a un conflicto de individuos o de clases o de naciones, en el que todo es lícito, salvo ser encarnado o vencido”.⁶

No son acaso éstos los rasgos que caracterizan el mundo porteño del arrabal donde se mueve libremente la figura del compadrito. Los dos relatos que nos atañen ilustran de forma significativa el argentinismo de Borges. Su carácter argentino no reside en la idealización del compadrito sino en mostrar la verdad del destino argentino en lucha contra una realidad de violencia y barbarie a la que opone su deseo de progreso y civilización, dicotomía que Alazraki define como “la oposición entre la ley ciega —la lanza el cuchillo, la pistola— y la otra la del derecho escrito”.⁷

Si en “Hombre de la esquina rosada”, Borges ilustra la ley ciega del compadrito, en “Historia de Rosendo Juárez”, el protagonista cuestiona la viabilidad de esta ley. Aunque no cree en ella, Rosendo la acepta al principio como una fatalidad. Su triunfo consiste en lograr escapar a un destino que como a todos los individuos de su clase lo había marcado.

Borges compendia la historia de Argentina en “un pobre duelo a cuchillo”.⁸ El autor no nos evoca la heroicidad del “cuchillero”, simplemente

lo ve como parte integrante de una realidad argentina que esta allí y que no puede ser eludida. Como acertadamente apunta Alazraki: “La argentinidad de Borges reside precisamente en haber enfrentado esa realidad, en haberla presentado sin adornos localistas y sin genuflexiones nacionales”.⁹

Es precisamente esta argentinidad —que en numerosas ocasiones la crítica ha puesto en duda—¹⁰ la que se muestra de forma inequívoca a través de la conclusión final de “Historia de Rosendo Juárez” la cual resume la evolución seguida por el protagonista: Rosendo. La decisión final de Rosendo, su opción por una vida de orden implica la absoluta certeza en la viabilidad de un cambio, en la ruptura de ese fatalismo tan enraizado en la sociedad argentina. A través de la acción de Rosendo, Borges refleja su firme creencia en la capacidad de los argentinos de integrarse hacia una sociedad de orden y bienestar.

Lidia Bardina

NOTAS

1. Tzvetan Todorov; *Introduction à la littérature fantastique*, p. 5.
2. Amado Alonso; *Materia y forma en poesía*, p. 49.
3. *Ibid.* p. 52.
4. Jaime Alazraki; *La prosa narrativa de J. L. Borges*, p. 163.
5. *Ibid.* p. 178.
6. J. L. Borges; “Nuestro pobre individualismo” en *Otras Inquisiciones*, p. 76.
7. Jaime Alazraki; *Op. cit.* p. 189.
8. J. L. Borges; *Op. cit.* p. 79.
9. Jaime Alazraki; *Op. cit.* p. 278.
10. Respecto a la cuestión de la argentinidad de Borges, Ernesto Sábato en su libro *La identidad Argentina* señala cómo los nacionalistas de derecha así como los de izquierda han acusado a Borges de europeísta, de rechazar su identidad argentina únicamente porque reprobaba el uso de temas locales y de lo nativo de modo abusivo. Sábato en contra de este ataque defiende el principio según el cual; “No existe una literatura nacional y una universal; hay la literatura profunda y la superficial. Si una cosa es profunda refleja ipso-facto el alma de su pueblo y de una manera u otra se compromete con su tiempo. El carácter nacional no se revela por medio de folclorismo, sino al contrario por algo más sutil y misterioso”, p. 75.

BIBLIOGRAFÍA

- Amado, Alonso. *Materia y forma en poesía*, ed. Gredos, Madrid, 1960.
- Alazraki, Jaime. *La prosa narrativa de Jorge Luis Borges*, ed. Gredos, Madrid, 1968.
- Borges, J. L. *Obras completas*, ed. Ultramar, Madrid, 1977.
- Ríos Patron, José Luis. *Jorge Luis Borges*, ed. “La Mandrágora”, Buenos Aires, 1955.
- Sábato, Ernesto. *La identidad argentina*, ed. Gredos, Madrid, 1968.
- Todorov, Tzvetan. *Introduction à la littérature fantastique*, ed. du Seuil, Paris, 1970.